



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

VIVIR

DAVID WAGNER

TRADUCCIÓN DE IBON ZUBIAUR



errata naturae

Todo fue exactamente así
y también muy distinto.

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *Leben*

La traducción de esta obra ha sido apoyada
por una ayuda del Goethe Institut.



© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, Alemania, 2013

© de la traducción, Ibon Zubiaur, 2021

© Errata naturae editores, 2021

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-44-4

DEPÓSITO LEGAL: M-4047-2021

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: © Núria Solsona

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

SANGRE

Poco después de medianoche llego a casa. La niña está con su madre, mi novia fuera, estoy solo en el piso. En la nevera encuentro un bote ya empezado de compota de manzana, me tomo unas cucharadas mientras ojeo el periódico que sigue en la mesa de la cocina, leo algo sobre los mosquitos y por qué cuando llueve no los matan las gotas que caen. Antes de conseguir entender del todo cómo sobreviven, algo me raspa en el cuello. ¿Me he atragantado? ¿Con compota de manzana?

Me levanto, voy al baño, me miro en el espejo y no veo nada raro, todo como siempre, puede que esté un poco pálido. Pero ya que estoy en el baño decido lavarme los dientes, porque quería irme pronto a la cama... y en ese mismo instante siento ganas de vomitar. Me doy la vuelta, me inclino sobre la bañera, y ya está brotando de mí. Al abrir los ojos me sorprende la cantidad de sangre que hay. Fluye lentamente hacia el desagüe.

Sé lo que eso significa. B., mi médico, que me trata desde que tengo doce años, me ha advertido a menudo en todo este tiempo. Sé que las varices esofágicas, las venas varicosas de mi esófago, han reventado, sé que ahora estoy sangrando por dentro y que no puedo desmayarme, tengo que llamar al médico de urgencias. Aun así pienso, y pienso muy despacio, en ir en taxi a la clínica, pero finalmente me decido por el médico de urgencia. En el espejo veo que estoy todavía más pálido, voy a buscar el teléfono y lo encuentro en el despacho, encima del escritorio. Lo cierto es que me las arreglo para marcar el número equivocado, marco uno-uno-cero y escucho una voz que dice: Para llamar a una ambulancia debe usted marcar el uno-uno-dos. Cuelgo y me pregunto si esto no habrá sido una señal. ¿Debería quedarme en casa? ¿No será una exageración llamar a una ambulancia? Dejo pasar un minuto con el teléfono en la mano y entonces me digo que no debería desangrarme aquí; la semana que viene, todavía estamos en las vacaciones de Pascua, vuelve la niña. Así que marco, y es de lo más fácil, las teclas están al lado, uno-uno-dos. Responde una voz más amable que dice que abra la puerta del piso y la deje abierta; pero decido volver a ponerme los zapatos y el abrigo y salir al encuentro del médico. Sé que aquí no puede hacer nada por mí, que tengo que ir al hospital.

Me encuentro con el médico y los dos técnicos de urgencias en la escalera, los saludo y les digo: Soy yo, tengo que ir a la clínica, y enseguida me doy cuenta de que me toman por un farsante, no han visto la bañera. En la

ambulancia, donde me sientan en la silla de ruedas, de espaldas al sentido de la marcha, el médico no sabe bien qué hacer conmigo, comprueba mi tarjeta de emergencia médica y la de trasplante de órganos. Le digo que tengo que ir a Virchow, Charité Campus Virchow¹, le explico lo de mi hepatitis autoinmune, la cirrosis, las varices esofágicas y la hipertensión en los vasos de mi hígado enfermo, hablo y hablo, y de pronto vuelvo a sentir algo en el cuello. Aún alcanzo a llevarme una mano a la boca, pero la sangre brota de mí con tal violencia que riego la mitad de la ambulancia. Una escena de cine *gore* de la que podría hasta reírme, sólo que aquí no es sangre artificial. La sangre resbala por los cristales de las gafas del médico, que parece asustado. Me coloca una vía y pone suero, la ambulancia arranca de una vez por todas. Poco tiempo después, mientras veo por encima de mí las copas de los árboles y las estrellas —cómo es que, me sorprende, la ambulancia ha perdido su techo—, siento ganas de vomitar de nuevo. Tumbado, sólo acierto a medias en la bolsa transparente que me sostienen, la mayor parte cae al lado, se derrama por el suelo, y sé que si esta hemorragia no se corta rápidamente pronto estaré muerto.

¹ El hospital berlinés de la Charité es uno de los más grandes de Europa. Su campus en el barrio de Wedding lleva el nombre de Rudolf Virchow (1821-1902), uno de los médicos eminentes que ejercieron en él. (Salvo que se indique lo contrario, las notas son del traductor).

Indicación: Antecedentes de hemorragia gastrointestinal. Antecedentes de lesiones varicosas.

Medicación: 100 mg i. v. Propofol.

Resultados: En el tercio inferior del esófago se observan cuatro cordones de raíces de más de 5 mm de diámetro (las varices sobresalen un 50 % del diámetro de la luz llegando a tocarse, grado III). Por el lado menor las varices llegan hasta debajo de la boca del estómago. Red colour signs en las varices. Se constata una hemorragia activa. El estómago está lleno de coágulos, evaluación insuficiente.

Terapia: A una altura de entre 34 cm y 39 cm desde el arco dental se aplican seis ligaduras endoscópicas con bandas elásticas, se detiene la hemorragia mediante la terapia endoscópica.

Me despierto y no sé dónde estoy. Tengo un tubo metido en la nariz, aire fresco, frío, un aire de montaña con regusto va penetrando en mí. Un arroyuelo medio helado fluye entre grandes abetos, la hierba escarchada centellea al sol; es obvio que me estoy imaginando una foto de calendario. Oigo gemidos y un rumor confuso de voces, oigo un goteo y un murmullo y percibo en la parte superior del brazo izquierdo una mano que me aprieta, sí, me tiene, me sostiene; y sin embargo pronto me vuelve a soltar. No es una mano, comprendo enseguida, es un tensiómetro automático con un manguito que se hincha cada cuarto de hora, mide la tensión, la registra y se vuelve a aflojar. Suena como si alguien estuviera inflando una colchoneta. Sobre esa colchoneta me adentro en el mar.

Están en la orilla y me hacen señas. Me están esperando, han acudido mi madre, mi abuela, Rebecca, Alexandra, mi abuelo de uniforme y mis bisabuelos, a los que no reconozco a la primera porque nunca los he visto antes. Han venido para recibirme, están allí en la playa y me hacen señas, sí, en efecto, oigo ya cómo gritan, gritan: bienvenido, por fin has llegado; pero entonces una ola más grande rompe y no me arroja a la playa como había esperado, no, sino que una corriente de fondo vuelve a arrastrarme adentro, hacia el mar, muy adentro, y enseguida pierdo de vista la orilla.

Abro los ojos encostrados, todo está borroso. Un espacio lleno de manchas de colores; pero eso, se me ocurre, puede deberse a que no llevo puestas las gafas. No tengo ni idea de dónde andarán. Sin embargo, soy capaz de reconocer algunas cosas, sólo tengo que entrecerrar un poco los párpados: a la derecha se encuentra una ventana, a la izquierda una puerta, la puerta está abierta. Hay muchísimos aparatos a mi alrededor, cables, tres o cuatro monitores, oigo un pitido. ¿Centro de mandos? Me gusta mi nave espacial, soy tan ligero, ingrávido, puedo volar.